

## PROPOSICIONES ACCESORIAS

---

Entre los impedimentos impidientes del matrimonio deben incluirse la sífilis, la estrechez pélvica y el histerismo, y entre los dirimientes la epilepsia y la locura.

Es perfectamente legítima la prescripción constitucional que exige saber leer y escribir para el ejercicio de la ciudadanía y puede asegurarse que una nación cuya gran mayoría se componga de personas ignorantes, no verá radicada en su seno las instituciones libres.

UNIVERSIDAD MAYOR DE LA REPÚBLICA

---

## CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA

# ESCUELA DE LA EVOLUCION

---

TÉSIS PRESENTADA

Á LA

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

POR

**JORGE ARIAS**

PARA

OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN JURISPRUDENCIA



MONTEVIDEO

IMPRENTA Y encuadernación de RIUS Y BECCHI

CALLE SORIANO, NUMEROS 152 Y 154

1884

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

DR. D. JOSÉ PEDRO RAMIREZ

SECRETARIO

DR. D. ENRIQUE AZAROLA

---

PADRINO DE TESIS

DOCTOR D. JUSTINO XIMENEZ DE ARÉCHAGA

PADRINO DE GRADO

DOCTOR D. PLÁCIDO ELLAURI

---

Á LA MEMORIA DE MIS PADRES

---

Á MI QUERIDA TIA

J. J. DE CABALLERO

SEÑOR RECTOR :

SEÑORES CATEDRÁTICOS :

A la ciencia social le ha llegado su período de reconstrucción: forzoso es hacer con ella lo ya operado con la Astrología y con la Alquimia. Estas ciencias, ántes de llegar á la categoría de Astronomía, la primera, y de Química la segunda, han sido más bien que ciencias de sábios, entretenimientos de *brujos*. ¿Quién no recuerda á los astrólogos adivinando, por medio de los astros, el porvenir de los individuos y de los pueblos? ¿Quién olvida que los alquimistas creyeron por mucho tiempo en la célebre teoría del flogístico, y en que la naturaleza tenia horror al vacío? ¿Quién, que se lanzaban en busca de una quimera cual es la piedra filosofal?

La ciencia social, apesar de haber sido estudiada por tantos sábios, y durante tantos siglos, está aun en la infancia, y si los hechos sociales burlan las mejores y más bien fundadas previsiones es debido, no á la libertad del hombre, sino á que la sociedad no ha sido bien observada.

La sociedad tambien, como la química ó la astronomía, debe estar sometida á leyes fijas y necesarias.

Busquémoslas empleando el método rigurosamente científico de la observacion y de la experiencia.

Esto ha sido dicho por los positivistas y la ciencia social es actualmente objeto de estudio para los hombres de saber: todos le consagran preferente atencion y la hacen el asunto principal de sus investigaciones.

Autores hay que en sus obras nos hablan de histiología y organografía sociales. Los químicos ven en la sociedad algo así como acciones y reacciones y escriben sobre química social. Y no falta quien pretenda que la misma ley que rige á la piedra de los caminos rige al cerebro del hombre, á las sociedades: que todo depende de leyes físicas. Así, un eminente positivista á su tratado de sociología le llama « Física Social ».

Como se vé hasta los físicos y los químicos meten la hoz en el campo de la ciencia social.

A nadie deben sorprender estas aberraciones de la inteligencia humana, estas tentativas infructuosas y estériles, que no son nuevas en la historia de las ciencias y que los sicólogos admiten y esplican como un fenómeno natural.

¿No hace mucho tiempo, en efecto, que el filósofo Pitágoras pretendió dar la esplicacion de toda série de fenómenos realizados en el universo con el solo auxilio de las matemáticas: valiéndose del número?

Se comprende bien que los que se consagran al cultivo de una ciencia, con exclusion de todas las demás, se encariñen de tal manera con los procedimientos y las

leyes que les son íntimamente familiares, que no vean nada que no esté sometido á esas mismas leyes y á que no pueda aplicarse esos mismos procedimientos para su estudio.

No hay, pues, porque alarmarse por esta parte. Felizmente el nombre no hace á la cosa. Así, Química y Física sociales no existen más que en los libros. Y en los libros tambien y solamente en los libros, están esa histiología y esa organografía.

Porque, es supérfluo decirlo, en la naturaleza siguen siendo cosas distintas: leyes físicas ó cosmológicas, leyes biológicas y leyes morales.

Otra escuela hay que transporta el Darwinismo á la sociedad; que se nos presenta con deslumbrante aparato científico y tiene por maestros á sabios de la talla de Spencer, Bagehot, Buckle, Le Bon. Escuela que ha hecho muchos prosélitos, no solamente en los países monárquicos donde ha sido incubada y donde el medio ambiente parece le es propicio, sinó tambien entre nosotros. Me refiero, como ya lo sabeis, á la escuela evolucionista, cuyas conclusiones y exageraciones siempre he rechazado en mi humilde esfera de estudiante, sustentando las doctrinas de otros no menos sabios é ilustres publicistas.

« A los ojos de esta escuela poderosa por el crédito  
« de que goza actualmente y el talento de sus maestros,  
« las sociedades como los individuos no gozan de libre  
« arbitrio. Son organismos cuyo desarrollo tiene leyes

« necesarias. El hombre es una célula del gran todo,  
« cuyo destino soporta y que se transforma sin la inter-  
« vención humana, poco más ó ménos, á la manera de  
« un pólipo ó de un banco de coral. En esta concep-  
« ción, no hay ni libertad ni mérito, ni crimen ni  
« virtud. La sucesión de las diversas etapas es inevi-  
« table; el progreso es fatal, como la decadencia, co-  
« mo la muerte que debe arrastrar los organismos enve-  
« jecidos (1).

Y es precisamente sobre esta escuela y sobre las prin-  
cipales exageraciones que deja indicadas el citado autor  
que versará esta tesis.

## I

Hasta ahora se creía que la sociedad era el medio en  
que el individuo nacía, crecía y se desarrollaba. Y que  
el estado de sociedad era para el hombre condición  
indispensable para la realización de su fin económico,  
no exclusivamente como algunos pretenden hoy yendo  
contra un pensamiento profundo que radica en la natu-  
raleza de las cosas y que los judíos fueron los primeros  
en oír de los labios del Cristo, cuando les decía: *No  
solo de pan vive el hombre. . . . .*

(1) Emilio Cheison, profesor de la Escuela Libre de Cien-  
cias Políticas en París — *Anales del Ateneo*, núm. 20,  
pág. 257.

Perdonadme esta pequeña digresión. Iba en que  
el hombre solamente en sociedad puede realizar su fin  
económico y debo agregar, moral, estético é inte-  
lectual.

« La sociedad, se decía, no es el resultado de un  
pacto libremente celebrado entre los hombres; la Socie-  
dad es un hecho natural, la Sociedad es un organismo  
creado por el autor de la naturaleza. Debe pues estar  
sujeta á un sistema de leyes, como lo está todo fenómeno  
natural, cuyo cumplimiento es absolutamente necesario  
para que se conserve y se desenvuelva. » (1)

La solidaridad de las industrias, por una parte, el  
desarrollo armónico de las distintas esferas de cultura,  
por otra, el vínculo jurídico reglando la coexistencia  
de las unidades discretas que constituyen la sociedad,  
así como también la ley moral estableciendo relaciones  
potestativas allí donde no le es dado llegar al derecho;  
relaciones que en la inmensa mayoría de los casos se  
cumplen, dicho sea en honor de la especie humana —  
han dado á la sociedad el carácter de un organismo  
moral ó racional que dista mucho, muchísimo de la  
idea de organismo fisiológico con que hoy se le quiere  
reemplazar.

\*  
\*\*

(1) *Revista del Plata* — Dr. J. X. de Aréchaga.

Creíase que el hombre, elemento componente de la sociedad, era un sér inteligente capaz de abarcar con su pensamiento á todo el universo y que además de ser inteligente era un sér libre, no libre en el sentido de obrar arbitrariamente, porque es un sér racional, ni tampoco en todos los momentos ni en todas las circunstancias, porque se reconocía por todos los criminalistas, circunstancias atenuantes y aun que eximen de responsabilidad, sinó libre en condiciones normales y regulares, en una palabra, libre en la generalidad de los casos. Y los filósofos han definido siempre la libertad diciendo que es el poder de hacer lo que queremos sin que nuestra voluntad obre necesariamente por una causa cualquiera.

Y esta libertad humana ha sido siempre la piedra de granito que ha servido de insuperable obstáculo á los avances del materialismo.

Esto es considerado como una antigualla por la escuela de que me ocupo: ella rechaza el libre arbitrio por ser opuesto al hereditarismo fisiológico y psicológico, porque para la escuela se transmiten por herencia tanto los caracteres físicos como las aptitudes mentales y cualidades morales: se nace para ser alto ó bajo, gordo ó flaco, trigüeño ó rubio, segun sean los padres; los hijos nacen inteligentes ó imbéciles segun el desarrollo craneano de sus progenitores; de la misma manera, si los padres son criminales ó personas de acrisolada virtud, sus hijos nacen predestinados á morir en

un patíbulo ó á ser colmados de honores por sus contemporáneos.

Todo esto merced á un fluido nervioso que, segun Bagehot, se trasmite de generacion en generacion, y que solo por él se explica el tejido conectivo de la civilizacion (1). Tal es la teoría de la herencia en su sentido más lato y tal el determinismo que ella entraña.

Con razon Michelet, al decir de un autor, exclamaba en vista de estas recientes teorías: «Devuélvanme mi *yo!*»

Es tan vasta y compleja esta teoría, que, á tratarla estensamente, con ella llenaríamos las hojas de esta tésis. Y tal no es nuestro propósito.

Esto no nos inhabilita, sin embargo, para separar del camino de la mejor manera que nos sea posible los estorbos que se opongan á la realizacion de nuestro intento.

Así es que trataremos de demostrar que las fatalidades hereditarias de esta doctrina no escluyen ni destruyen el principio de la libertad.

\*  
\* \*

La herencia en el órden fisiológico es admitida sin ningun género de duda por todas las escuelas. Pero obsérvase que « á medida que uno se eleva de las regiones puramente fisiológicas á las en que interviene

(1) Bagehot.—Orígen de las naciones, pág. 10.

« más la actividad del espíritu la herencia pierde su « constancia y decrece su fuerza (1).

Dos hombres de ciencia Galton y Candolle han recurrido á la estadística para demostrar con la *elocuencia abrumadora de los números* la verdad de las aseveraciones del hereditarismo.

Galton se propone demostrar la herencia del genio. Con tal objeto se acerca al árbol genealógico de los hombres que más han descollado por su inteligencia: mira hácia arriba, sigue la rama ascendente hasta donde le es posible, en seguida mira hácia la derecha y hácia la izquierda pasando en revista todas las ramas colaterales hasta que por fin encuentra un genio ó algo que se le parezca.

De esta manera forma sus cuadros genealógicos y queda muy satisfecho creyendo haber demostrado con sus largas listas de nombres propios que el genio se trasmite. Cuando en realidad lo que dicen esos cuadros, lo que ellos constatan es que existen algunas coincidencias empíricas que favorecen su tesis.

¿ Y qué tesis hay que no tenga en su favor no solo algunas, sinó muchas coincidencias empíricas ?

Y aun debe agregarse que en lo que precede no se trata ya de la herencia directa de padres á hijos, único caso en que la herencia debería manifestarse en to-

(1) Art. sobre la herencia de M. Papillon.— « Revista de ambos mundos », Agosto 15 de 1873.

da su fuerza y amplitud. Pero aquí los hechos no corroboran á la doctrina. Los grandes genios que registra la historia, se han presentado solos, aislados, y han desaparecido dejando en pos de sí, como luminosa estela obras inmortales, pero por desgracia, no han tenido jamás la rara virtud de engendrar génios. Por lo demás esta no es creencia nueva.

Cuéntase que Racine hijo consultó á Boileau sobre su vocacion poética y que este le contestó: « Jamás se ha visto desde que el mundo es mundo, que el hijo de un gran poeta sea gran poeta. »

Sin embargo, esto no quiere decir que el hijo de un gran poeta no pueda ser un buen versificador. Antes por el contrario el medio en que se desarrolla, la educacion que se le da, y la imitacion, todos son estímulos que hacen presumir que lo sea.

Hemos dicho que aquí ya no se trata de la herencia directa. Y en efecto Galton para formar sus cuadros trae á colacion (sin duda invocando la ley del atavismo) á los ascendientes sin limitacion de grados y á los colaterales.

Si algun autor se tomase la ardua y penosa tarea de formar una contra estadística seguramente se encontraría con muchos hombres de genio que han salido de familias oscuras. Y aun no hay necesidad de recurrir á la estadística: cada uno en la sociedad en que vive puede observar si el genio poético se hereda. Digo el genio poético porque él es el que más completamente



escapa á las influencias fisiológicas. Tratándose de músicos y de pintores, como el genio aquí radica en la parte fisiológica y psíquica del individuo, hay su parte de herencia que nadie desconoce.

Sabido es que el músico necesita buen oído y una sensibilidad exquisita, el pintor necesita buen ojo para las perspectivas y para la distribución de los colores. Y todo esto cae en el dominio de la fisiología, donde la ley de la herencia es verdadera.

\*  
\*\*

Candolle, mas modesto en sus pretensiones, no vá tan allá como Galton : él se limita á la herencia del talento.

Aquí debemos convenir que por lo menos, todas las apariencias están de parte del autor. No se necesita compulsar la estadística ni haber observado muchas sociedades, para afirmar con toda certidumbre que existen familias de abogados, de médicos, de ingenieros etc., en cualquier pueblo medianamente culto donde esas profesiones abundan.

Este fenómeno que se observa en todas partes ¿ es debido á la ley de la herencia ó es el resultado de otros hechos ó de otras causas ? Desde luego debemos observar que esas profesiones no son un privilegio del talento sinó que están al alcance de las inteligencias medianas, con tal que á ellas se agregue aquella larga paciencia en que Buffon hacia consistir el genio.

Por otra parte si se tiene en cuenta la influencia del

medio en que el niño se desarrolla; el poder de la educación que generalmente es en el sentido de que los hijos sigan la misma carrera de los padres y si á todo esto se agrega el poderoso impulso de la imitación. Yo preguntaría : ¿ Qué queda de la herencia ?

A semejanza de lo que sucede con la herencia mental, la herencia moral escapa á las fatalidades hereditarias y si algunos hechos aislados parecen confirmarla, esos hechos nunca constituyen la regla: son la excepción. Los hombres no nacen virtuosos; si la virtud se heredase, si ella se transmitiese por medio de ese fluido nervioso de que habla Bagehot, deberíamos todos convenir en que ella no existe. ¿ Qué virtud puede haber en el que hace el bien automáticamente? La misma virtud que en el que obra el mal. Pero, no. Esto es soberanamente absurdo. Solamente se puede llegar á ello cuando se está dominado por el espíritu de sistema; solo entonces puede desconocerse la actividad libre del hombre, el *factor personal*, esa fuerza interna capaz de dominar todas las fatalidades, ya destruyendo ó modificando las perjudiciales, ya poniendo á su servicio las beneficiosas. Y si bien es cierto que algunas personas pueden nacer con mejores disposiciones para obrar el bien que otras, no lo es ménos que pueden ir en contra de esas disposiciones. ¿ Quereis un ejemplo de ello? Ahí está Sócrates, de quien cuenta la historia que fué de malas inclinaciones. Y todos sabemos que, á pesar de eso, fué un gran moralista, quizá el más eminente de

los hombres en virtudes, si se tiene en cuenta la época en que floreció y aun sin tener en cuenta esa época.

Podría traer en apoyo de mi aserto muchos casos concretos y sobre todo el de Franklin. ¿Quién ignora que Franklin, para combatir con éxito y reinar sobre sus malas inclinaciones, adoptó la máxima, tan desacreditada en el orden político, de dividir para reinar? Y quién no sabe que Franklin logró su objeto!

La virtud es, pues, obra nuestra y no la obra de la herencia.

—«En el orden psicológico, dice uno de los autores de que me he servido para el estudio de este punto, la herencia es una influencia: ella no es una fatalidad. Ella penetra hasta el centro de nuestra vida interior por los instintos, los hábitos de raza, las impulsiones y sacudimientos fisiológicos; pero, salvo los casos mórbidos, ella no domina la persona moral hasta el punto de desposeerla de sí misma y de crear la irresponsabilidad.» (1)

Por su parte, la filosofía de la historia, por más que reconociera la influencia de los factores externos é internos, como son el clima, el medio ambiente, las condiciones topográficas, la herencia fisiológica, etc., jamás creyó que esas influencias, que verdaderamente solicitan á la voluntad del hombre y de los pueblos, obligan á éstos. Inclinan, sí, pero no obligan. Entre inclinar

(1) Artículos sobre Psicología Social, de M. Caró—«Revista de ambos mundos», Julio y Agosto de 1883.

y obligar, la diferencia es enorme. Pero la novísima escuela, á semejanza de Júpiter que encadena á Prometeo, pretende haber encadenado al hombre y á la sociedad ligándolos con leyes fisiológicas y físicas. Con una diferencia: que el titan Prometeo de la Mitología se sentía realmente encadenado, mientras que el hombre y la sociedad se sienten libres y se creen dueños de sus destinos.

\*  
\*\*

De la inteligencia y de la libertad del hombre, sencillas verdades que no es necesario revolver mucho en el cerebro para que se presenten con los caracteres de la evidencia, la vieja escuela hacía emanar la idea del progreso, que se verifica mediante la acumulacion y la trasmision de los conocimientos. La acumulacion implica formas, leyes y principios que son las condiciones necesarias para el ejercicio de la inteligencia. La trasmision se opera por los monumentos, la tradicion, la escritura, etc.

Pero esta idea del progreso no se admitía como una ley fatal que debe cumplirse en todos los tiempos y en todos los lugares. Porque sabido es que no se puede recusar el testimonio de la historia, y ella depone en contra, mostrándonos pueblos que se estacionan y aun que retroceden en el camino de la civilizacion y que se hunden en la corrupcion y en la barbarie.

Mirábase al progreso como un resultado del esfuerzo

y del trabajo del hombre. La escuela moderna tambien se manifiesta innovadora en este punto: para ella el progreso es una ley fatal que se realiza de la misma manera que se desarrolla el embrion ó que el capullo se transforma en flor.

## II

Hemos dicho al principio de esta tésis que la escuela de la evolucion, por el crédito de que goza y por el poder que le dá el talento de sus autores, forma una de las corrientes más poderosas del pensamiento moderno.

Vamos á examinar ahora los fundamentos sobre que reposa esa doctrina.

Parece que el concepto que hace de la sociedad un organismo sea una necesidad de la ciencia social. Tal cosa proclaman por lo ménos los jefes del positivismo, Spencer y Comte. La biología nos ha iniciado en esa idea, nos ha mostrado el individuo como estructura y funcion á la vez. A semejanza del cuerpo individual el cuerpo social, pretenden los positivistas, se presenta bajo el doble aspecto de estructura y funcion: esto es, como anatomía y fisiología. Comte ha precedido á Spencer en estas primeras investigaciones sobre la idea de organismo bajo el doble aspecto de individual y social. El positivista inglés las acepta de buen grado, pero pretende ir más adelante: crée que tanto la fisiología como la anatomía, consideradas en sí mismas, son,

en el estado actual de la ciencia, elementos incompletos y empíricos: hay que completar esa primera noción de organismo y elevarla al rango de concepto científico por medio de un estudio genético.

Hé ahí la tarea que en la formacion de la ciencia social le ha sido reservada á Spencer. Y que, como más adelante veremos, él ha tratado de llenar poniendo á tal fin todo un caudal de erudicion, sacado de las ciencias biológica y zoológica, verdaderamente extraordinario.

Pero aun todavía el concepto de organismo sobre que debe reposar la sociología, dejaría algo que desear, no sería rigurosamente científica, si esta evolucion social, en primer término, no se ligara con el más fundamental concepto de una evolucion universal, y si, en segundo lugar, esta última no se subordinara á una realidad superior, á un principio que rija igualmente á todo el conjunto de los seres: esta realidad superior, *este principio de los principios*, es la persistencia de las fuerzas.

Porque en efecto, en cuanto á lo primero (para Spencer) evoluciona el reino *hominal*, si el sábio inglés nos permite con Quatrefages espresarnos de semejante manera, evoluciona el reino animal propiamente dicho y evoluciona tambien el reino vegetal.

Y, por encima del mundo biológico, rige igualmente la misma ley á nuestro mundo (evolucion geológica), á todo sistema planetario (evolucion sideral) y á todo el sistema cosmológico universal.

En presencia de esto, se nos dice, cuán estrecha no aparece la vieja y metafísica noción geocéntrica.

En cuanto á nosotros no cargaremos con semejante antigüedad porque no hemos hecho profesión de sostener que todo lo viejo sea verdadero.

Y librenos el cielo de caer en el opuesto extremo de creer que sea verdadero todo lo nuevo. Esto sería caer en la exageración que domina á los que se ha dado en llamar *avancistas*, porque están con el último libro que se publica, con tal que en él se niegue todo lo que sea derecho natural, todo lo que sea moral, todo lo que tienda á la noción de que en la sociedad hay algo sagrado. . . . .

En cuanto á lo segundo, esto es, á que al principio de la persistencia de la fuerza debe subordinarse y explicarse por él, tanto los fenómenos humanos y sociales, como los biológicos, químicos, físicos y astronómicos ¿podrá dudarse de que sea ello positivista ó por lo menos Spenceriano?

Sin embargo, llegar á ese concepto ¿no ha sido una verdadera necesidad de la evolución? Nadie podría dudarlo. Con todo, no está demás que oigamos á Spencer sobre el particular.

En su obra « Los primeros principios » pág. 353 y 54, se expresa así :

¿Nos debe satisfacer por completo saber que en todos los órdenes de fenómenos concretos, las transformaciones siguen siempre esa ley, ó es posible ir más allá y

llegar á saber *porqué* la siguen? ¿Podremos hallar un principio universal que explique esa operación universal?

Indudablemente, esos efectos comunes implican una causa común acerca de la cual puede ser que nada más se alcance á saber, sinó que es el modo general de revelárenos ó manifestárenos lo incognoscible; ó puede ser que ese modo sea reductible á otro más simple y general del que sean meras consecuencias todos esos efectos complejos.

La analogía nos inclina á pensar que esta última suposición debe ser la verdadera; pues así como se ha llegado á explicar las generalizaciones empíricas llamadas leyes de Repler, como simples corolarios de la ley de la gravitación, también será quizá posible explicar las generalizaciones empíricas de los anteriores capítulos, como consecuencias necesarias de una ley más general.

Preciso es, por tanto, que busquemos la razón ó el porqué de esa metamorfosis universal, só pena de renunciar á constituir la Filosofía ó el conocimiento completamente unificado. Las conclusiones á que hemos ido llegando sucesivamente, hasta ahora parecen independientes entre sí; no hay, que sepamos, conexión ó relación alguna entre el paso de lo indefinido á lo definido, y el de lo homogéneo á lo heterogéneo, ni entre esos dos y la integración ó paso de lo incoherente á lo coherente; aun ménos relación aparece entre esas le-

yes de redistribucion de la materia y del movimiento, y las de direccion y ritmo del movimiento que espusimos antes que aquellas. Sin embargo, mientras no hayamos probado que todas esas leyes son consecuencias de un solo principio, nuestro conocimiento no tendrá sinó una coherencia imperfecta.

147. Nuestro actual objeto debe ser, pues, presentar los fenómenos de la evolucion sintéticamente, demostrar, partiendo de un principio evidente, que el curso de la evolucion, en todos los séres, no puede ser sinó el que hemos visto que es; que la redistribucion de la materia y del movimiento ha de hacerse doquier como hemos visto se verifica en los fenómenos celestes, inorgánicos, orgánicos, sociales, etc., y finalmente, que esa universalidad de la ley de evolucion proviene de la necesidad misma que determina á nuestro alrededor todos los movimientos.

En otros términos, es preciso que el fenómeno de la evolucion se deduzca de la persistencia de la fuerza, pues como ya hemos dicho (62), á ese principio debe conducirnos todo análisis profundo, y sobre él debe fundarse toda síntesis racional. En efecto, siendo ese principio el único indemostrable científicamente, puesto que es la base de la ciencia y el fundamento de sus más amplias generalizaciones, estas quedarán unificadas desde el momento que se las refiere á ese principio como á su fundamento ó base comun. Ya vimos (73, 81, 88) que la transformacion y equivalencias de las

fuerzas, la direccion y el ritmo del movimiento, verdades manifiestas en todos los órdenes de fenómenos concretos, son consecuencias necesarias de la persistencia de la fuerza, principio que, por tanto dá unidad y coherencia á dichas verdades á él afiliadas. Análogamente, vamos ahora á referir á un principio superior los caracteres generales de la evolucion, demostrando que, dada la persistencia de la fuerza, deben forzosamente verificarse con esos caracteres las redistribuciones de la materia y del movimiento; cumplida esa tarea uniremos esos caracteres, que no aparecerán ya sinó como aspectos diversos y correlativos de una sola ley, y uniremos al mismo tiempo esa ley con las leyes más simples que preceden.

Tal es el principio, pues, que segun Spencer dá unidad y armonía al vasto sistema de la ciencia.

Hé ahí hasta donde la portentosa imaginacion del positivista inglés, hasta que alturas inconmensurables que causarían vértigo á otro cerebro que no fuera el suyo, pretende hacer llegar la hipótesis de la evolucion y sus investigaciones genéticas.

Hé ahí como la grandiosa teoría, creada por un cerebro positivista, no desmerecería en nada á las más atrevidas creaciones de los metafísicos alemanes.

A ser verdadero un semejante sistema con su ley primera y universal de la persistencia de la fuerza — ¿Qué sería de todo lo que fuera algo más que fuerza, qué sería de la realidad biológica y sobre todo de la realidad humana?

¿ No es claro que en tan vasta teoría *verdadera historia del Universo*, la humanidad no tendría ya su ley especial. ?

Ella no podría tener más ley que la misma que rige al universo todo. Porque en efecto, en la hipótesis evolucionista no cabe serie de fenómenos radicalmente distintos los unos de los otros. Todo en ella cambia de una manera incesante y regular, esto es, todo evoluciona. « No hay más que variedad de movimientos que bajo el imperio de la misma fuerza universal siempre idéntica, producen las fuerzas fisico-químicas, las cuales combinándose producen la vida; las fuerzas biológicas producen la sensibilidad y el pensamiento; las fuerzas individuales producen las fuerzas sociales »: la humanidad, pues, esa tan *soberbia humanidad*, no tiene en el fondo un solo elemento que no esté contenido en las fuerzas físico-químicas y fisiológicas. Hé aquí la tendencia fundamental que está lejos, dicho sea de paso, de ser una novedad en la historia de la ciencia. Someter todos los fenómenos tanto humanos y sociales, etc., hacer de todos ellos una simple modalidad del principio dinámico.

¿ Quién no vé que esta teoría está en abierta contradicción con la realidad tal como ella á todos se nos deja ver? ¿ Cómo pretender que un profundo análisis ha de llevarnos siempre (Primeros Principios pag. 354) á un solo y único elemento la fuerza? ¿ Acaso la vida no es hecho completamente distinto de todo

otro fenómeno fisico-químico é inesplicable y no explicado por sólo la materia? ¿ Y con cuánta mayor dificultad podría vuestra fórmula esplicarnos el pensamiento humano y los otros hechos que caracterizan al hombre sobre todo los que se refieren á la voluntad?

Nos hemos dejado llevar un momento en alas de la imaginacion del evolucionismo, para hacer ver como el positivismo se sabe remontar hasta las más elevadas regiones de la metafísica; y porque esta misma hipótesis se estiende hasta el mundo social para formar la noción de organismo de que nos vamos á ocupar despues de esponer brevemente la aplicacion que de ella se hace al orden humano. La verdadera originalidad de Spencer no está pues en hacer de los fenómenos tanto inorgánicos como orgánicos y superorgánicos una simple modalidad del principio dinámico.

En verdad que toda su originalidad, está como se ha observado muy bien por Caro, en llevar de frente como otros tantos desarrollos paralelos la embriogenia de los mundos, la de los individuos y la de las sociedades.

Tan dominado está de la idea de que todo evoluciona, de que todo se desarrolla á semejanza de un embrión que en la aplicacion especial que de ese concepto hace el orden social se olvida de indicar restriccion alguna fundamental. Veámoslo.

\*  
\*\*

El agregado social segun la evolucion es en sus comienzos lo que el agregado individual en su caso. Un ser indistinto, confuso, homogéneo, un embrion si quereis. La evolucion paso á paso, sin solucion alguna de continuidad lleva al grupo gregario humano á la sociedad primitiva, que es el embrion social, al estado de una Confederacion de naciones donde todo es distinto y heterogéneo.

Tal es el organismo social en su estado máximum de desarrollo. Este tránsito se verifica mediante las tres leyes comunes á toda evolucion. La primera ley del sér social, como la del ser individual, es la de su crecimiento. La planta crece concentrando en sí elementos que poco ha la rodeaban en estado difuso, del mismo modo el animal se desarrolla, crece, asimilándose elementos dispersos en las plantas y animales á su alcance, igualmente la vida del *grupo gregario* humano se ensancha y consolida por la unificacion más y más notable y más y más estable hasta constituir la tribu, la nacion etc.

Hé aquí la primer ley de la evolucion que se aplica, ya sea á la mónera, (al más informe individuo) ya sea al embrion propiamente dicho, ya al más rudimentario grupo humano. Ley que lleva de un estado difuso á un estado coherente, que señala un movimiento marcado de concentracion.

Pero, eso no es todo: al par que crecen las sociedades, se complica su estructura. Las primeras hordas

errantes son casi enteramente homogéneas. Cuando llegan á constituir una tribu ya se distinguen algunas diferencias en las ocupaciones de sus miembros. La diferenciacion se precisa más y más á medida que aumenta la complejidad. Principia por la distincion entre los gobernantes y gobernados; los gobernantes se dividen en políticos, en militares y en sacerdotes; los gobernados en artesanos y trabajadores, etc.

Esta ley como toda ley de evolucion es general: regla igualmente el desarrollo de los fenómenos astronómicos y geológicos, regla tambien el desarrollo de todo cuerpo orgánico.

Tal es el segundo principio de la evolucion y que lleva á todo ser de un estado homogéneo á un estado heterogéneo.

Los múltiples elementos de variedad y distincion que esta segunda ley produce á nada conducirían, todos esos resultados carecerían de objeto, esa ley sería de todo punto ineficaz sin otra fuerza que tendiera á ordenar, en el ser individual ó social esos elementos en estado de confusion, de caos, por decirlo así. Esa ley existe y es ella la que completa y corona tanto la evolucion biológica, orgánica, superorgánica, y social. Por ella es que los pueblos dejan de ser nómades y se fijan en un territorio haciéndose agrícolas y fetichistas; se determinan las fronteras que distingue una nacion de otra, se forman las clases etc.

*La individualidad Nacional se organiza y se crea.*  
Hé aquí llenada ya la tarea científica de Spencer.

Hé aquí ya al ser más rudimentario, á la mónera, merced á la combinacion de las leyes que acabo de esponer, convertido en el organismo más perfecto, en el hombre.

Hé aquí tambien, segun la combinacion de las mismas mencionadas leyes, al grupo gregario humano convertido en perfecto organismo, en nacion civilizada.

\*  
\*\*

Una de las consecuencias que fluyen inmediatamente es esta: que el hombre es esencialmente modificable. Es un concepto general de la teoría Spenceriana: todo en ella está sujeto á transformacion y cambio, y ¿por qué si es ley que desde la mónera se pase hasta el hombre, si todo es esencialmente modificable, por qué el hombre solo había de ser la excepcion?

Segun esta doctrina, pues, de la ciencia del hombre como de la social, desaparecería todo elemento permanente, todo elemento estable, esto es, la condicion esencial de la ciencia misma. Los elementos que corresponden á realidades que son como el fondo de la vida social, y que la humanidad desde hace mucho tiempo, tiene consagrados con el nombre bien significativo y bien positivista de derechos naturales.

¿Y por qué razon se desconocen verdades tan evidentes y tan fundamentales?

Sin duda alguna, porque se olvida que la teoría de la evolucion no pasa de la categoría de una simple hi-

pótesis. Pues de otro modo, ¿cómo no retroceder ante hechos con títulos á la existencia tan dignamente adquiridos! ¿Por ventura solo tienen valor científico los hechos que se tocan ó se alcanzan por medio del microscopio, en una palabra, los objetos materiales que están bajo el dominio de la percepcion esterna?

No hay más observacion que la esterna.

No hay más método que el objetivo.

Hé ahí el incurable vicio de la generalidad de los pretendidos sociólogos positivistas. Y hé ahí la tendencia invencible de los más moderados de entre ellos.

Si la ciencia social tiene por objeto, como es evidente, no sólo el estudio de los fenómenos sociales, sino tambien el estudio de los fenómenos humanos, no solo el estudio de lo que ha dado en llamarse sér social, sino tambien el estudio del sér individual, considerado en sí mismo, ¿cómo ha de poder prescindirse de la ciencia que tiene por objetivo al hombre?

Ahora bien, los fenómenos morales y jurídicos, y muy principalmente los sicológicos, caen bajo el dominio del método subjetivo.

Acaso se puede pretender sériamente, empleando el método objetivo, dar los equivalentes químicos al pensamiento ó esplicarlo por medio de la endósmosis y exósmosis?

Acaso el sentimiento de justicia ha caido alguna vez bajo el lente del fisiólogo en observacion de los ganglios nerviosos centrales?



Y cómo alcanzar el sentimiento del deber, y qué parte del cerebro asignarle á la libertad moral?

Todo eso es de sentido comun. A nadie hasta hoy se le había ocurrido la idea de la necesidad de los estudios físicos, químicos ó biológicos para distinguir lo justo de lo injusto, lo honesto de lo deshonesto, etc.

No es necesario, pues, una disertacion especial para hacer ver la existencia y esfera de accion del método subjetivo; sin embargo, en su tendencia de estender y aplicar por doquiera la evolucion, todo eso desconoce el positivismo. Y no se nota que tal tendencia no está de modo alguno justificada; que se incurre en el inconcebible abuso de tomar como verdad científica lo que no es más que una hipótesis. Esto es demasiado, ciertamente.

No se quiere ver que la posibilidad de un hecho no implica la existencia real del mismo, y, por otra parte, se olvida que es á idéntico argumento que se debe la actual y tan pregonada decadencia de la metafísica, (de la espiritualista, bien entendido, y no de la Spenseriana).

Con efecto.

La verdad lógica no implica la verdad real.

Con este argumento asestaba Kant un rudo golpe á la especulacion metafísica. Esta, desde entónces, pudo sufrir el reproche de su no verificabilidad, condicion sin la cual, todo sistema ó teoría cualquiera, no merece el nombre de científica.

Ahora bien, el eminente Quatrefages reproduce contra el zoologismo ó evolucionismo la objecion kantista: la posibilidad del evolucionismo no implica su existencia real.

Y con dos circunstancias igualmente desfavorables al evolucionismo: 1.º que la verdad lógica del espiritualismo, á que aludia Kant, se impone necesariamente á todo cerebro bien organizado que aplicara su actividad intelectual á la meditacion de los altos problemas de filosofía trascendental.

Mientras que la posibilidad á que alude Quatrefages no es una necesidad que se imponga á la inteligencia del hombre, por cuanto, no sólo entre los mismos positivistas existen discordancias fundamentales, sino que tambien en frente de ellos se levantan opiniones igualmente autorizadas y diametralmente opuestas á las suyas.

Y segundo que la verificabilidad se ha hecho más y más posible con los adelantos siempre crecientes de los estudios sobre paleontología y geología etc.

Y más aun, esa verificacion ha tenido ya lugar. ¿A quién favorece? Veámoslo ligeramente.

\*  
\*\*

Desde luego podría observarse que el *hecho*, esto es, la naturaleza tal como ella se nos exhibe actualmente está lejos de confirmar la doctriua en cuestion, sino que por el contrario todo parece indicar que ella ha obedecido á otro plan.

Ahí están, en efecto, los seres híbridos.

¿No son ellos una protesta viviente contra el pretendido tránsito de una especie á otra?

Yo no conozco, dice Darwin, ningun caso de esterilidad en el cruzamiento de las razas domésticas animales; y vistas las grandes diferencias de forma que existen entre algunas razas de palomas, de aves, de puercos y de perros, este hecho es bastante extraordinario y contrasta con la esterilidad tan frecuente en las especies naturales más vecinas, aunque se las cruce.» (1)

La no fecundidad, pues, del cruzamiento entre seres pertenecientes á especies distintas aunque muy vecinas es lo general.

Y en los casos nada frecuentes en que no sucede así la fecundidad de los híbridos es la excepcion, por no decir que es nula, lo que no iria tan mal encaminado que digamos, pues en los casos raros en que tal fecundidad tiene lugar, ella desaparece en los descendientes de la tercera ó cuarta generacion.

Estas excepciones aparentes, dice Quatrefages, no hacen más que, por medio de nuevos fenómenos, confirmar la conclusion de que entre la especie y la raza, bajo el punto de vista fisiológico, existe una grave y profunda diferencia. Esto es, la especie, en sus elementos fundamentales es permanente. Su variabilidad, aunque es grande, no traspasa esos límites.

(1) (De la variation des animaux et des plantes)

Y así conviene abordar lo que por lo que se ve refinar en el universo. Si pasáramos de otro modo las cosas, todo sería confusion, todo sería el caos, es decir, lo absurdo. Y lo absurdo que según buena experiencia no tiene cabida en la realidad, tampoco, según buena razón, debe tenerlo en la ciencia.

Esa variabilidad limitada de la especie, es la que explica las razas y las razas ¿no son siempre fecundas entre sí, como lo observa Darwin, a pesar de extraordinarias diferencias morfológicas?

Solo pues, confundiendo la raza con la especie es que se podrá llegar sobre la hibridéz á conclusiones distintas de las arriba indicadas.

« Esa tendencia es la que ha llevado, según Quatrefages, á hacer del perro de las islas Falkland una especie distinta con el nombre de *canis antarcticus*. Bungainville al describir lo que él creía una nueva especie, dice: su talla es la de un perro ordinario, pero su ladrido es débil; este solo detalle basta para referir al *canis antarcticus* á algunas de nuestras razas domésticas. Sin duda debia ser breve el tiempo que llevaba en aquel estado, cuando no habia aun olvidado el ladrido que siempre lo pierden al pasar al estado salvaje. »

Si la no variabilidad de las especies en sus elementos primordiales no fuera una ley fundamental de la biología del reino zoológico, ¿por qué no habrían de conservarse siquiera uno de los tantos seres que han debido llevar de unas especies á otras? Aunque parezca cosa estraña, sin embargo, no sucede nada de eso.

En todo lo que el mundo lleva de vida histórica nada se ha observado, nada que indique que en la naturaleza existe semejante ley.

Así, todas las especies que en plantas y animales, desde hace cuatro ó cinco mil años, guardan como en verdadero museo las tumbas de los egipcios, no ofrecen variación alguna comparadas con las plantas y animales de la actualidad.

Es verdad que los hechos á que aludimos están faltos de un elemento, de un factor importantísimo *sine qua non* de la teoría de la evolución, el factor de la antigüedad. Pues, la evolución según se trata de hacer créer, se realiza mediante el alambique de los siglos.

Hubo un momento en que el transformismo estuvo de parabienes.

Un naturalista ruso declaraba al mundo científico haber descubierto uno de los tan esperados seres intermediarios, eslabones de unión de las especies entre sí. El eslabon, el tipo intermediario descubierto eran los ascidios (odres marinos.)

Pero, desgraciadamente para los que están empeñados en sacar verdadera la fórmula evolucionista, un eminente sábio, el creador de la embriología, Baer, hizo notar que se sufría alucinación con respecto á los ascidios; que se veía en ellos lo que no existía verdaderamente en la realidad.

Oigamos á Agassiz :

«En los últimos tres ó cuatro años pareció que iba á aclararse algo, uno al ménos de esos problemas. Dos naturalistas eminentes anunciaron que habian encontrado indicaciones de conexión directa de estructura entre tipos primarios y entre los moluscos y los radiados en un caso, y entre los radiados y los articulados en el otro. El primero de estos hechos, lo citó un observador ruso de gran habilidad y mérito; á saber Rowalewsky quien declaró que en el curso de desarrollo de los ascidios (odres marinos) se veía á el cordón dorsal de los vertebrados. Lo explicaré para los que lo ignoran. En determinado grado del desarrollo embrionario de los vertebrados en la hoja superior de las células que forman el gérmen hay dos pliegues que encorvándose de alto á bajo y de fuera á dentro, forman primero un surco longitudinal y después una cavidad donde son recibidos los centros nerviosos, médula y cerebro, mientras que la hoja inferior se dilata hácia abajo para alojar los órganos de la digestión, de la circulación y la reproducción. Entre los dos pliegues y por la parte dorsal á lo largo del dorso, bajo la médula aparece un cordón salido de sustancia más densa, que se convierte en cuerda dorsal, base de la columna vertebral.

Pues bien, Rowalewsky describió en los ascidios la formación de una línea longitudinal de células, representando un principio de columna vertebral que se estiende desde la mitad del cuerpo hasta la cola, á lo

largo de un surco de germen en que estaba colocada toda la masa orgánica, es como si una sola célula se hubiera dividido en dos, y así sucesivamente, hasta dar origen a los millones de células que forman el cuerpo del individuo. Con la precisión y facilidad que solo dan el completo conocimiento de los hechos, demuestra que el desarrollo de los ascidios no tiene en realidad ninguna analogía verdadera con el de los vertebrados, ni que el cordón de células de los primeros comparado con el cordón dorsal de los segundos, no está situado en la parte dorsal; sino al contrario, en la parte ventral del (cuerpo de hecho) que en los primeros vertebrados es sus antepasados tendiendo a espina vertebral en el presente, es tan razonable como pretender que andaban de cabeza, pues equivale a invertir toda su estructura colocando sus vértebras donde debía estar la cavidad del abdomen (1). Podrá esperarse en cambio que la paleontología y demás ciencias que hacen la historia de la vida y de toda otra clase de fenómenos realizados en nuestro globo, podrán esperarse que de vez en cuando nos dé un ejemplo de una especie á otra. En la reproducción y la evolución. Nótese el caso de M. de Arghmar, habla Quatre fajas que existe actualmente un gran número de terrenos bien circunscriptos y bien estudiados, cuyos fósiles todos conocemos sin duda; y agréguese con Pictet que cada día se descubren nuevos y más grandes yacimiento.

(1) « Revista Europea » — Tomo, 1.º pág. 301.  
 Nombre del artículo Agassiz. El tipo específico, su evolución y permanencia.

tos. Si la doctrina de Darwin es fundada, no debe sorprendernos que la inmensa mayoría de los objetos diariamente recolectados por investigadores pacientes é incansables, pertenezca siempre á las especies que figuran ya en nuestras colecciones?

Resulta, pues, que los naturalistas no exhiben un solo hecho que señale la verdad del evolucionismo.

Ellos mismos declaran perdidas del libro de la naturaleza las hojas en que se registraban las pruebas de ese tránsito, esto es, las pruebas de la evolución.

La máxima tan decantada de que *natura non facit saltum* es, pues, más literaria que científica, solo expresa, como se ha observado muy bien, la graduación de los seres, pero esa graduación en manera alguna significa un proceso evolutivo. Y por consecuencia, Spencer no tiene elemento científico alguno en que basar la doctrina de la evolución, ni tampoco de que no hay en el hombre ni en la sociedad nada permanente, nada inmutable; de que el Derecho Natural varía radicalmente según los pueblos, según el medio, según las épocas; de que la sociedad, como el hombre, son esencialmente modificables.

Tendrá más razón el positivismo al aplicar la ley de la evolución al hombre considerado en sí mismo, ya como individuo, ya como ser social?

La ley de la evolución que, según hemos visto, no puede científicamente considerarse como la ley del

mundo zoológico, habría más razón para considerarla como la ley del hombre, como la ley de la historia?

El método que en este estudio tiene por adoptado el positivismo, es el método objetivo, que en ciencias sociales recibe el nombre de histórico. Y digo que se tiene por adoptado, porque en realidad el que se emplea es el que podría llamarse genético. Y que no consiste en estudiar al hombre tal como lo observan Aristóteles y Sócrates, Descartes y Bacon; en una palabra, como lo observa la historia.

No, semejante hombre es un hombre adulto, el que Spencer va á estudiar es otra especie.

Es el hombre embrion. Esto se encuentra, como se vé, en armonía con todo el sistema de filosofía.

Su solo mérito es el de la lógica: ser una consecuencia de la teoría evolucionista.

Pero semejante hombre es imaginario.

Imaginario sin duda alguna, pues la paleontología que debía verificarlo, ¿no ha hecho más bien todo lo contrario?

Esto no obsta á que se haya pretendido darnos como verdad la existencia de un hombre precursor del actual — el *anthropopitheco*.

Si hemos de guiarnos por los datos de la ciencia, tendremos que no hay más noción que la de la *identidad del hombre*, sean cuales fueren los tiempos y sean cuales fueren los lugares en que se le estudie.

Ya no puede el transformismo pretender encontrar

ese precursor en los fósiles del período cuaternario: el carácter absolutamente humano del hombre cuaternario, es un hecho ya del dominio de la ciencia. El magnífico cráneo del anciano Cromagnon excede, dice Mr. de Quatrefages, de 119 centímetros cúbicos á la capacidad media de los cráneos de los parisienses modernos.

Los de la escuela de Darwin han debido ceder sobre este punto ante los abundantes datos con que cuenta hoy la ciencia, ya en restos humanos, ya en objetos de todo género. « Y el número de los restos humanos aumenta más y más cada día. Cráneos más ó menos completos, huesos aislados y esqueletos enteros han ido agregándose á nuestras colecciones. Se ha hecho posible estudiar al hombre fósil independientemente de sus obras, distinguir y caracterizar por sus rasgos craneológicos las razas diversas ya existentes en esa época; y aun tratar de investigar hasta qué punto ellas han intervenido en la constitución de las razas más modernas. »

Pero el problema subsiste, solo que se han visto forzados á llevar al período terciario el origen del hombre.

Ese hombre intermediario, ese hombre precursor, no es del tiempo cuaternario, pero forzoso es que él sea del terciario, se dice, pues que ello es una consecuencia necesaria del transformismo. Esto es lo que se llama resolver *á priori* las cuestiones de hechos.

Sin embargo, se trata también de poner los hechos observados en armonía con esa solución.

Esos datos de que dispone la ciencia, no favorece mucho la tésis del evolucionismo, y no son ciertamente muy abundantes.

Desde luego se declara no tener resto alguno de esos anthropothecos.

El hecho que sirve de base es el silex descubierto por Mr. Bourgeois.

Si por el fruto se conoce el árbol, por la existencia de estos trabajos de arte encontrados en los terrenos terciarios, debería deducirse la existencia tambien del hombre en esa época.

No obstante no sucede así. Veámos como se ingenian los transformistas para utilizar ese hecho que parece serles contrario.

Habla Mr. de Mortillet:

«Desde los depósitos de silex tallado de Thenay, la fauna mamalógica se ha renovado á lo menos tres veces. Las diferencias entre los mamíferos de las calcarias de Beaux y los mamíferos actuales son tales, que no solamente bastan para caracterizar especies distintas, sino tambien que ellas les han parecido bastante importantes para crear géneros especiales. . . .

«Cómo el hombre que tiene una de las organizaciones más complicadas, habría escapado á esta ley? Debemos, pues, concluir que si, como todo lo hace presumir, los silex de Thenay llevan las señales de una talla intencional, ellos son la obra, no del hombre actual, sino de otra especie de hombres, probablemente de un gé-

operarios en armonia con esa sintonia

nero precursor del hombre, y que debió llenar uno de los vacíos de la serie animal. »

«Las objeciones hechas á la existencia del hombre terciario, dice Mr. de Quatrefages, me parecen proceder más de la teoría que de la observación directa. El argumento de Mr. de Martillet se encuentra en boca y bajo la pluma de muchos paleontólogos. Como dicen, el hombre habría podido continuar viviendo en momentos en que todos los mamíferos de sus y contempóraneos han desaparecido, y han sido reemplazados por especies nuevas y por géneros nuevos. »

«Entre ellos yo á mi se agrega, no existe en realidad más que diferencias morfológicas, la organización y las necesidades fisiológicas son las mismas en el fondo. Por consecuencia las causas pueden ocasionar la extincion de las especies animales, han pasado igualmente sobre el hombre y el resultado necesariamente ha debido ser el mismo. »

«Sin duda, contesta Mr. de Quatrefages, bajo el punto de vista del cuerpo, el hombre no es más que un mamífero. Pero él está dotado de una facultad de adaptación á los diversos medios, de lo que ha dado y da diáfana y nuevas pruebas. »

«Sobre todo él posee una inteligencia incomparablemente superior á la de los animales. Gracias á ella ha atravesado, fuera de toda duda, toda una época geológica muy diferente de la en que actualmente vive; gracias á ella, ocupa la tierra entera, combatiendo y sobrepu-

jando todas las dificultades de existencia que le imponen los climas, los medios más diferentes. Nada tendría pues de extraño que, nacido desde los más antiguos tiempos de la creación mamalógica, hubiese alcanzado la época actual atravesando una ó dos revoluciones geológicas más.

En hecho el hombre lleva consigo mismo los medios de luchar contra la naturaleza. A la sola condición de encontrar que beber y que comer, su organización le permite existir por doquiera donde un mamífero pueda vivir. Ha podido, pues, ser el contemporáneo de los primeros animales de este tipo, que remonta, como se sabe, hasta la época secundaria. La existencia del hombre secundario no sería en nada contraria á los datos de la ciencia, con mayor razón esto sería aplicable al hombre terciario. » (1)

Por lo demás, no sólo era posible la vida del hombre sinó que también era necesario un cerebro humano para realizar esos primeros descubrimientos. Quinet y después de él otros modernos autores hacen este argumento con respecto del hombre cuaternario, argumento que es en un todo aplicable al del período terciario.

« ¿Es cierto, en efecto, que el cerebro del gorila habría bastado más ó menos al hombre prehistórico de la edad de piedra? Hé ahí lo que no puedo admitir.

¿No veis la inteligencia humana sinó en los grandes

(1) Hombres fósiles y hombres salvajes.

productos de una civilización avanzada? Es necesario edificar el Parthenon, inventar la máquina á vapor para mostrar que el espíritu humano existe? que se sirve del cerebro humano? En cuanto á mí, creo que el hombre prehistórico ha tenido necesidad de facultades mentales enteramente humanas ya, para dar el primer paso, separarse de la rutina de la naturaleza muerta, inventar, crear, aunque más no sea que una hacha de piedra.

Este cerebro de Engis, es ya el cerebro de un filósofo. Por qué nó? Vosotros no haceis bastante caso de los primeros inventores, de aquellos que, ántes que todos, han producido lo que no se habría producido en los millones de siglos de la naturaleza inorgánica. Entráis en una vía en que vuestra ciencia entera podría perecer, no más que porque desconocéis este momento inicial de las cosas humanas.

El primero que ha hecho una arma, trabajado un arco, dado punta á un hueso, afilado una hacha, ha sido un creador, sin predecesor que le haya abierto el camino; todo fué espontáneo en él. Es seguro que para este acto de creación, de espontaneidad, no haya tenido necesidad de un cerebro también conformado como el hombre de nuestros días, que no hace más que seguir un modelo copiado mil y mil veces ántes que él? Es seguro que el primero que ha imaginado sembrar en la tierra, recoger su espiga, no ha tenido necesidad de una capacidad craneana igual á la de Felleberg ó de Ricard du Cantal?

. . . . .  
Veis, con estupor, que el hombre fósil de Engis, tenía un cerebro digno de un académico. Cesaría vuestro asombro, si examinarais la primera formación de las lenguas humanas, aun de los salvajes, sus raíces, su gramática, sus consonancias, su lógica sobre todo. Reconoceríais que cada lengua, aun la del hombre fósil, supone una filosofía latente, y un cerebro humano ».

No hay pues de ningún modo dos clases de hombres: uno adulto y otro embrion.

El hombre se exhibe desde su cuna con las mismas facultades con que hoy se muestra en medio de su cultura. Antes como ahora se presenta con la fuerza que le es característica; con la fuerza de obrar sobre sí mismo y de perfeccionarse, con la fuerza del progreso.

El hombre de la edad de piedra, el que inventa el hacha, el que descubre la flecha es el mismo hombre, es idéntico al que en el siglo XIX hace portentosos descubrimientos.

La identidad del hombre: Hé ahí el principio verdadero.

« Y esa identidad, dice M. de Quatrefages, se la encontrará por doquiera, siempre, en despecho del espacio y del tiempo, todas las veces que poseído de un espíritu científico se vaya más allá de las formas accidentales, resultados del medio y del desarrollo social relativo.

Cuanto más se avance en los estudios antropológicos,

más se reconocerá que si los pueblos, las razas, difieren, el hombre, la especie, son las mismas sobre todas las tierras y bajo todos los climas ».

\*  
\*\*

Los evolucionistas cuando afirman que el progreso es tan fatal como el desarrollo del embrion, sientan una teoría tan cómoda que no puede pedirse cosa mejor y tan funesta que es difícil encontrar nada peor. Es verdad que la sociedad que aceptase estas doctrinas sería como diría el poeta: « lago sereno y transparente » por cuanto reinaria el quietismo más completo en todas las esferas don le se agita la actividad del hombre y donde este persiguiendo el ideal que lleva en la mente, realiza lo mejor posible ó pone todo su conato por realizarlo. Si ese día llegase, ya no habria en las sociedades ni Girondinos que espusiesen sus vidas por conquistar para la Francia y para el mundo entero los derechos del hombre, ni Orientales que desembarcasen en el Arenal Grande, con el santo propósito de arrancar á poderosos monarcas, el coliciado pelazo de tierra donde nacieron, ni ciudadanos que se sacrificasen por reivindicar sus derechos políticos. Todo eso y muchísimo más de lo que eleva y dignifica al hombre desaparecería de la faz de la tierra.

Pero tal cosa, seguro estoy de ello, no ha de suceder.

Dije anteriormente que como doctrina cómoda no puede pedirse otra mejor. Y en efecto, nada exige ella



del individuo ni siquiera que á las fuerzas del mal oponga las del bien. La evolucion social, se nos dice, es lenta, muy lenta, necesita para realizarse pasar por el transcurso de los siglos.

Suprimid todo esfuerzo, dejad obrar á las leyes de la evolucion y tened en cuenta que la lucha por la existencia, la herencia, la seleccion natural, la adaptacion al medio, son las que llevan á las sociedades del estado de barbarie á las cumbres de la civilizacion.

Dejad las cosas abandonadas á sí mismas. Si la sociedad tiene algunos defectos, ya se depurarán naturalmente: no pretendais oponer á ellos lo que en vuestra ceguera llamais fuerzas del bien.

Vuestra oposicion es por lo ménos anticientífica, la mision del sociólogo no puede ser otra que la de observar los muy complejos fenómenos sociales y descubrir las leyes que los rigen. El sociólogo es un intérprete: no es mision suya el modificar el medio social.

Nada de modificar, nada de corregir ni de enmendar, pues el hombre no tiene tal poder. Así como tampoco acelerar ni poco ni mucho la marcha de la sociedad, su evolucion.

Todo esto dicen los positivistas y aunque no lo digeran, fluye de la doctrina.

¿Cómo armonizar esto con la lucha sin tregua del hombre con las fuerzas del medio exterior que le son adversas?

.....

Cuando se echa una mirada sobre la historia de la humanidad, la idea de revolucion se presenta á nuestros ojos llena de interés y revistiendo caracteres relevantes. No tenemos necesidad de ir muy lejos, hasta la antigüedad, para ver brillantemente comprobado nuestro aserto. Los pueblos modernos nos dan para ello materia abundante. ¿Cómo del caos y de la confusion de la edad media se ha podido llegar al estado de distincion y casi de armonía de los tiempos modernos? ¿Cómo la Inglaterra ha alcanzado el grado de prosperidad y cómo ha alcanzado sobre todo tan gran caudal de libertades, que ha hecho que sirva al mundo civilizado como modelo de nacion libre?

Por una série incesante de esfuerzos y de revoluciones, y no por evolucion, y no, si se puede decir así, por un dejad hacer á las leyes biológicas, pues no se alcanzan libertades, derechos, sin el ejercicio de la libertad misma, sin un esfuerzo sobre sí mismo, sin *revolucion*.

No pasa lo mismo en Francia? ¿La evolucion habría de llevar á la Francia de Luis XIV, y sobre todo de Luis XV, á la declaracion de todos los principios liberales, de los *derechos del hombre*? La evolucion no, pero sí la revolucion. ¿Acaso nunca la evolucion ha sacado á los pueblos de la postracion en que se encuentran? Quereis un ejemplo de un pueblo que no haya tenido revoluciones? Ahí está la Turquía, ó mejor, yace en estado de absoluto quietismo político, moral y social.

No tengo necesidad de mencionar los pueblos americanos que, seguramente, no habrían salido de su estado de coloniaje sin la revolución.

« Todos los grandes progresos, pues, como todas las grandes conquistas que el hombre ha realizado en la sucesión de los siglos, son debidos, muy principalmente, á un aumento de poder y de libertad adquirido por aquel en su lucha incesante con las fuerzas del medio exterior en que se agitaba. »

Por desconocerse estas verdades, la *sociología* moderna, en cambio de los méritos que realmente tiene, ofrece el peligro de convertirse en funestísima arma, fuerza de corrupción en manos de los que ponen su inteligencia al servicio de su organismo, vale decir, al servicio de sus pasiones y de sus instintos egoístas.

Tenemos, pues, que la evolución tampoco resulta verdadera á la luz de la historia.

La civilización no se explica por la evolución. La marcha de la humanidad no es fatal: ella depende del hombre. Por eso es que cuando éste desciende haciéndose esclavo de sus instintos materiales, y cuando ya no se agita en su cerebro el ideal, las sociedades degeneran y se degradan. El estacionamiento, pues, como las grandes jornadas de la humanidad, el cristianismo, la reforma, la revolución francesa, etc., no se explican por ley análoga á la que rige el desarrollo del embrión; esa es una fuerza desconocida y de la cual nada sabemos sinó por una ley que excluye toda fatalidad, por el factor personal, por la ley del progreso.

\*  
\* \*

Ya hemos visto como mediante las leyes de la evolución el grupo gregario humano, el embrión social, alcanzaba paso á paso á la vez que una complicación en sus funciones, una otra complicación correspondiente de estructura. Y que el fin de toda evolución era precisamente ese, esto es, hacer del embrión individual ó colectivo, un perfecto organismo.

Es admirable el lujo de erudición de que hace gala Spencer, cuando nos describe el desarrollo del sér individual y de lo que él llama sér social. Se remonta hasta los orígenes, por supuesto que aquí no calza los zapatos de plomo que recomienda Bacon, sinó más bien aquellas enormes botas con que un célebre historiador atravesó la edad media. Una vez llegado al punto inicial donde las sociedades se encuentran en su estado pristino, sorprende á una *manada* de hombres salida recién de las florestas, se apodera de ella, coloca en frente un protoplasma, los compara bajo el punto de vista biológico, nos habla de las analogías reales que existen entre estos dos séres rudimentarios, y sigue acumulando analogía sobre analogía y demostrando cómo se va acentuando cada vez más la división fisiológica del trabajo, á medida que el desarrollo se va operando en ambos séres.

Y el parangón es seguido hasta que ese pequeño grupo de hombres se transforma en nación civilizada y el protoplasma en un organismo perfecto, y entonces nos

dice: la sociedad, como el individuo, tiene su aparato alimenticio y nutritivo. ¿Sabeis cual es? Es el sistema industrial y productivo. Tambien tiene como el individuo un aparato circulatorio y distributivo que no es otro que el sistema comercial. Y para que la analogía sea completa, el cerebro espinal del individuo es lo que en la sociedad se llama sistema gubernativo y militar, sin agregar que las instituciones de crédito son el aparato vaso motor, y la organizacion industrial interior corresponde al sistema nervioso del gran simpático.

\*  
\*\*

Se le reprocha á Spencer, y á nuestro juicio con sobrada razon, la pretension de considerar á la sociedad como un organismo fisiológico, y lo que es más, quererle aplicar las leyes de la biología. Ya hemos probado que el sabio inglés, al acumular ese sinnúmero de analogías, declara terminantemente que ellas son reales, por más que despues se vé obligado á declarar, así como en voz baja, ó lo que es lo mismo, sin darle la menor importancia, que el organismo social es un todo discreto. Con lo cual queda destruida su pretension y rota su tésis. ¡Un todo discreto! ¡Pues es nada la diferencia! ¿Háse visto por ventura en todos los seres vivientes, en todos los organismos que verdaderamente son del dominio de la biología, otro semejante á este? La diferencia, pues, es fundamental, es un carácter típico que hace resaltar la profunda diferencia que

existe entre el organismo social y los demás seres vivientes.

Pero sucede con el sabio inglés lo que con aquel abogado que tenía dos bibliotecas, una en pro y otra en contra, en una causa que defendía. Por eso no es de estrañar que en su sociología convierta al hombre en célula social, como quien dice en una gota de agua en el océano de la sociedad, mientras que en su libro «Ensayos Políticos y Sociales» se manifiesta individualista ultra, partidario acérrimo del *self-government* demócrata en toda la estension de la palabra. Allí critica los fines secundarios del Estado, principalmente con relacion á Inglaterra. Pretende que todo quede librado á la iniciativa individual, lo que, de paso sea dicho, le está vedado á todo evolucionista, quien debe limitarse pura y exclusivamente á interpretar y esplicar los hechos, nunca á criticarlos, porque criticar presupone un ideal en la mente, una doctrina preconcebida. ¿Y pueden tenerla acaso los que hacen caso omiso del agente personal y libre y creen, como el doctor Panglos, que todo lo que se realiza en las sociedades es lo mejor que podía suceder, con el aditamento, de que si todo ello es fatal y necesario, es debido á principios mecánicos y leyes biológicas?

. . . . .

He llegado al término de esta tésis. Es á vosotros á quienes corresponde ahora juzgar si he tenido alguna

razon para no dejarme arrastrar por esa corriente del pensamiento moderno, que se llama positivismo; que encara, como bien sabemos, y resuelve los problemas relativos al hombre y á la sociedad de un modo completamente nuevo y que gran parte de mis compañeros de estudio parece estar dispuesta á aceptar sin beneficio de inventario.

---

*Aula de Derecho Natural.*

V.º B.º

MARTIN C. MARTINEZ.

---

## PROPOSICIONES ACCESORIAS

---

Cuando se trata de pueblos que tienen un sistema administrativo centralista y donde los gobiernos disponen de un numeroso ejército de línea y de otro ejército más numeroso aún de empleados, es mentira que *los pueblos tienen siempre los gobiernos que merecen.*

---

Los gobiernos que excluyen á los partidos de la Representacion Nacional, no solamente *estrangulan la soberanía del pueblo*, sino que tambien provocan á la guerra civil.

---